

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO VI

Coordinación

ALFREDO ÁVILA
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2008

NÚMERO 200

En carta particular don José Bobadilla hace una relación de las ocurrencias del sitio y estado de la fortaleza, del 6 de abril al 15 de mayo de 1813

Acapulco quince de mayo de mil ochocientos trece.

Mi muy apreciable señor don Pedro: mi deseo esencial en el concepto de mi fiel e inclinada amistad para con usted es que se halle bueno, a pesar de las téticas reflexiones que acaloran esa sensible imaginación; pero en fin por esa de Guadalajara se disfrutará a lo menos de tranquilidad, respecto de la insurrección, mas aquí bendito sea Dios nos hallamos reducidos al último extremo; encerrado todo el vecindario y tropa en el castillo desde el día trece del mes pasado en número de mil y quinientas almas con motivo de las ocurrencias que significaré.

El día seis del mes próximo pasado trataban de tomar el pueblo cuatrocientos insurgentes armados con fusiles, después de haberse apoderado del destacamento (digo del puesto pero no del oficial ni tropa que pudieron retirarse con tiempo) de la mira y del cerro de las Iguanas, pero a pesar de su avance que hicieron descendiendo por el monte hasta las cercanías de San Nicolás y Campo Santo, hizo la artillería del castillo, batería del Campo de Marte del hospital, de las lanchas y del bergantín San Carlos que retrocediesen otra vez hacia la cumbre en donde se conservaron siete días, haciendo un incesante fuego de fusilería y artillería de a cuatro que pusieron en los cerros, sacrificando a la infeliz población con sus tiros dominantes; sin embargo por aquella parte no pudieron entrar ni pasar de los citados puntos que ocupaban; pero valiéndose del ardid de pasarse por la quebrada a Tambuco con parte de la gente, lograron introducirse por el rincón de la playa en número de doscientos hombres, apoderándose y saqueando todas las casas de la ciudad

hasta la plaza, no atreviéndose a pasar desde las seis de la mañana del día trece que bajaron en todo aquel día por los fuegos de artillería de un cañón que ocupaba el mirador del hospital; pero ¡válgame Dios! a la oración de la tarde entró un temor o confusión en los oficiales que mandaban dicha iglesia, que nada más que con la posesión del terror o miedo se retiraron al castillo con más de doscientos hombres de infantería dejando para beneficio de los enemigos cuatro cañones de a cuatro y seis, municiones correspondientes y todas las medicinas de la botica, víveres que se hallaban almacenados, ornamentos y vasos sagrados, y últimamente varias cosas que más por carecer en este castillo de ellas y otras como la artillería por el daño que estamos recibiendo, son motivo de las infelicidades que padecemos, que para sostenerse un poco de tiempo más, sólo el remedio divino nos puede salvar del estado en que existimos. Como digo a las siete de la noche del trece se encerró todo el vecindario y tropa en este fuerte, dejando con ignominia toda la población y Campo de Marte a suposición del enemigo, para que nos tenga sitiados con la mayor vergüenza que se puedo imaginar.

En los días catorce y quince incendiaron a nuestra vista y sobre el glasis de esta fortaleza todas las casas de enramada que por último recurso tenían las pobres familias, perdiendo en ellas y en el pueblo cuanto tenían, siendo en todas estas penas víctimas de la temeridad de un don Pablo Rubido, que sus primeros ensayos de militar los ha hecho ahora a costa de los sacrificios que cito.

Desde el cinco al veinticinco se ocuparon los enemigos en situar trincheras en el Campo de Marte para situar los desdichados cañones que se han vuelto contra nosotros con la mayor desvergüenza a tiro de pistola de este castillo, que no han sido capaces sus tiros de gruesa artillería ni de evitar con tiempo las obras de dichas faenas, ni de derribarlas por la mala dirección de sus punterías, de modo que nos están perjudicando sus fuegos y causando

muerte y heridas en nuestra gente. ¡Infeliz época de entusiasmar al enemigo con nuestra mala dirección!

Del veinticinco al veintiocho situaron los insurgentes cinco cañones en Caleta, punta de la Candelaria, playa del Domingullo e Icacos, no habiendo omitido poner otra cerca de los hornos que están al pie del castillo, y otro en el cerro de las Iguanas, de modo que por todas partes estamos rodeados de artillería enemiga con la triste reflexión de no evitar tanto daño por no dejar salir de este fuerte a ningún soldado ni oficial, a pesar de las instancias que se han hecho, para echar a los ofensores siquiera de las trincheras cercanas.

Ahora va lo mejor: el día veintiocho pasado se tuvo la debilidad de recibir un parlamento de Morelos, y se le respondió verbalmente por este gobierno que con la mayor urbanidad se contestaría por la tarde respuesta por escrito del dichoso parlamento; éste se reducía a que se entregase el castillo, y que se perdonarían las vidas de los europeos, que quedarían seguros y se les despacharía a otra parte donde no se les hiciese daño, o que el mismo gobernador los embarcase antes en los bergantines surtos en esta bahía y la respuesta fue (dándole a Morelos los altos títulos de excelencia y generalísimo) que sólo el gobernador mandaba en la fortaleza que los europeos no imprimían carácter en la defensa de ella que estaba dispuesto con su tropa a defenderla, y *que ignoraba la Constitución de la nación americana.*

Morelos avisó al instante verbal que el veintinueve por la mañana daría la respuesta por escrito, valiéndose de este efugio para que al abrigo de la suspensión de fuegos pudiera disponer una trinchera disforme que se verificó a menos de cuarenta toesas del fuerte donde antes teníamos la batería de la media luna. En efecto contestó el insurgente a Vélez, diciéndole que para que viera sus pródigos pensamientos y la noble confianza que de él hacía le remitía la Constitución Nacional Americana original y firmada de los miembros de

su Suprema Junta que esperaba se la devolviera después de enterado de ella, que entregase el castillo, que a los europeos no les haría daño según tenía significado; y que a él lo consideraría con un empleo competente a la dignidad de su carácter y a la circunstancia de ser criollo, y otras expresiones dulces y sediciosas, para engañar al gobernador, cuyas insidiosas voces dieron lugar al aviso de que por la tarde se contestaría.

Don Pedro Vélez por cierta incomodidad que recibió a causa del susurro que andaba de que se hacía sospechoso con darle semejantes tratamientos de general a Morelos y de pedir la Constitución de la insurgencia, llamó a junta a todos los europeos expresándoles el motivo de semejante sesión, y que se reducía a indicar: que contemplasen el estado deplorable de la plaza en razón de la poca agua, víveres y pólvora nada todo compatible con mil y quinientas almas reducidas en un fuerte tan pequeño expuestas a una peste sin el preciso auxilio de las medicinas, quien en esta virtud cualquiera europeo que quisiese embarcarse y partir a otro destino que lo dijese, y le daría el correspondiente pasaporte; después empezó a exclamar con silabas lamentosas y quejarse de lo que de su opinión se murmuraba por los parlamentarios de Morelos, y que en este concepto nombrasen otro por jefe, pues él renunciaba del mando, quitándose para esto la casaca de su uniforme, y tirándola con desprecio sobre una cama; todos los concurrentes se sorprendieron con semejante acción y don Simón Adrián levantándose de su asiento y muy colérico le dijo: *aunque se ha hecho usted un indigno en despojarse del uniforme se le permite vuelva a ponérselo.* Como se verificó vistiéndose otra vez la casaca. Don Pablo Rubido también colérico le dijo que aquella junta era una chanfaina, y que el formarla de europeos era una antipolítica opuesta a las circunstancias del día. Vélez empezó a descomponerse con razones de impropiedad contra todos y levantando la voz en los términos más escandalosos, de modo que mi espíritu avergonzado y sentido de la infeliz trascendencia que esto podría tener

oyéndolo todo el pueblo y tropa en el patio del castillo, me puse en medio de Adrián Vélez y Rubido y con la subordinación política debida supliqué a todos tres y particularmente a Vélez bajasen el eco por las resultas de su escandaloso ejemplo que me parecía que aquello sólo sería efecto de los diferentes genios de cada uno, pero que seguramente todos cooperaban a lo mejor, y que el fin debía ser acreditar que a pesar de aquellos disgustos nunca los fieles vasallos de Fernando Séptimo cedían de su acendrado patriotismo; quedé atónito al ver que en lugar de apoyar mis razones me dijo Vélez, que no; que él contaba con su vida, y todo lo demás importaba poco. En fin, sin decisión alguna se deshizo la junta mal afortunada.

El gobernador respondió a Morelos por la tarde pero se ignora qué contenía la contestación, sólo sí que Vélez mandó decir a voces por la muralla que él estaba enfermo, y que el que le sucedía en el mando no quería andar con más parlamentos faltando a la verdad y dejándonos en confusión cuál sería el motivo de semejante fingimiento y de evadirse el manifestar en su nombre no querer oír más al insurgente.

Empezaron los fuegos al siguiente día treinta que ha seguido hasta la presente, causándonos los suyos algunas desgracias particularmente los que dirigen de las baterías que han colocado en el cerro de las Iguanas, y en el de la Candelaria. De aquí se han tirado infinidad de cañonazos todos los días sin utilidad, pues parece que a propósito apuntan los cañones a otros objetos que los debidos, pudiendo yo en esa parte (sin alabanza) dar lecciones al ignorante de Concha pues los principios de matemáticas y artillería que la casualidad me proporcionó en la academia de los jóvenes de las brigadas de dicho ramo y de marina me han dado a conocer la ventaja que en esta ocasión tengo sobre los que defienden esta plaza; pero ¡Oh gran Dios! en lugar de agradecerme Vélez mis propuestas sobre las defensas del pueblo (antes de tomarlo) y luego el manejo de la artillería para la de

este desgraciado castillo, he sido abochornado, odiado y aborrecido! Paciencia; me sostiene la riqueza de mi glorioso espíritu a favor de la sagrada causa.

Estimado don Pedro: he visto en este mundo inconsecuencias, pero no me han vuelto el juicio como observo aquí y en esta miserable situación. Vélez siempre está decantando el desprendimiento generoso que quiere hacer del mando, y jamás lo verifica a pesar de que confiesa su impericia militar; los demás, unos le adulan y por detrás de venden, y otros después de adularle seguidamente lo insultan, como sucedió el día doce de este por la noche, que el cura párroco interino Ramírez lo llenó de dicterios públicamente, tratando de insurgentes al gobernador, oficiales y toda la guarnición; vaya, esto es un liorna que me confundo al contemplar como se sostiene milagrosamente esta fortaleza, teniendo dentro esta anarquía; pero ya se ve la mantiene solo (aunque no se tire un tiro) la respetable vista de la numerosa artillería que presenta sobre sus muros para terror de los enemigos. ¡Malogrado patriotismo digno de mejores jefes militares y experimentados en el arte de la guerra!

Estos valerosos soldados (se me olvidaba decir) salieron el día dieciséis del pasado en número de diez o doce y mataron e hirieron con el mayo valor a más de cien insurgentes que tuvieron el arrojo de meterse entre los hornos de la cal trayéndose las cabezas de los muertos en triunfo al castillo; vea usted que valientes muchachos si tuvieran quien los capitaneara.

Últimamente parece que todo se trata a efecto de nuestra ruina, pues habiendo los soldados de la quinta división que están en la provincia de Ometepe, solicitado, que respecto de hallarse aquí todos los oficiales de su destino, menos Paris que murió de muerte natural el veintiocho del pasado, les mandase Vélez alguno para que reuniéndose expulsasen de su provincia los insurgentes y luego viniéndose a nuestro remedio por tierra.

Una solicitud tan patriótica y tan justa, fue remolonamente recibida; pues a pesar de la que también hicieron los oficiales en el momento de querer ir todos a tan sagradas ideas se les entretuvo desperdiciando el precioso tiempo, hasta que a fuerza de instancias se han mandado dos al río de Nespa, que ya han contestado y dicho que hay esperanzas de reunir cuatrocientos o más hombres, y esperamos el resultado para nuestra felicidad.

Murió el cajero que estaba en la casa de usted, Trinidad, de un balazo de fusil el día que se abandonó el desgraciado pueblo. En esta parte de desgracias no hemos sido tan infelices, pues ha habido muy pocos muertos y heridos, respecto a los que han confesado tener los enemigos; no bajan de trescientos hombres desde que están aquí.

Creo no podré nunca y usted dispensará que para satisfacerle según el afecto de mi amistad sea tan inoportuno. Se han pasado tres insurgentes a nuestro partido desde el principio de esta jarana y uno que se tomó prisionero; a éste le formó una información sumaria, sin testigos, padrino ni cosa alguna, se le puso en consejo de guerra, el cual concluyó que se le pasase por las armas, y cuya sentencia no se ha verificado; advirtiéndole a usted que Vélez tiró del bastón en dicho consejo, a semejanza de la otra junta, escandalizando a todos los vocales y presidente, bien que si he de decir mi sentir creo que el excesivo aguardiente de pizco que se bebe a todas horas trastorna los sentidos y da lugar a los más disparatados errores.

Ya le dije a usted el motivo de mi llegada a este reino; el ser ingenuo es la causa del odio que Vélez y sus secuaces me tienen; pero yo soy más feliz que ellos; rico de espíritu, confiado de la misericordia divina, y acérrimo defensor de la razón; patria, rey y religión son atributos que me vigorizan para triunfar sobre todos ellos.

Nada soy respecto de la vanidad, ni nada quiero ser sino que Dios me conserve mis directos pensamientos, y que a un tiempo disponiendo de mi desdichada alma la dirija, según su benigna justicia al seno de la eterna bienaventuranza, o donde merezca.

Espero tener el consuelo de tener contestación de usted; yo seguiré en primera proporción noticiando los sucesos de esta plaza y continuando con el incesante desvelo de que me reconozca por su muy amigo e invariable amigo y atento servidor que sus manos besa.— *José Bobadilla*.— Rubricado.

La edición del tomo VI de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Raquel Güereca Durán
Rodrigo Moreno Gutiérrez
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602